

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.

Trim. stre. . . . 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre. . . . 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO, UN REAL.**EL ECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

Y CARTAGENA ILUSTRADA.

Trimestre. . . . 28 rs.

Fuera id. . . . 34.

NÚMEROS SUELTOS
de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Martes 24 de Febrero.

El Eco de Cartagena.**ORDEN PÚBLICO Y HACIENDA MUNICIPAL**

Das cuestiones importantísimas se agitan hoy tanto en las elevadas esferas del Gobierno, como en el último Municipio de la desventurada España; la de orden público y la de hacienda, en cuya favorable y pronta solución están conformes todos los hombres sensatos, que jamás tuvieron como *modus vivendi* esa tela de Penélope que han dado en llamar política, pervirtiendo el verdadero y genuino sentido de esta palabra, en su acepción científica.

Fácil, facilísimo nos será comprender, porque todos aspiramos a que el orden social no sea como en el año último de aciaga memoria, juguete de criminales pasiones y que la Hacienda Pública salga de esa terrible al par que pesada postración.

¿Es posible que la sociedad exista y de la manera que debe existir sin que las leyes que la sustentan, tengan por todos y cada uno de los asociados su exacto cumplimiento? No, porque destrozados los engranes de este complicado organismo, y rota la armonía del mundo moral, sufriríamos los embates de la demagogia con una fuerza irresistible, con una violencia tan insoportable, que indefectiblemente nos sumiría en un inmenso caos; porque si un pequeño desequilibrio ha producido en esta nuestra infortunada patria tantos y tantos horrores como hemos presenciado ¿que sucedería al caer hechos pedruzcos los fundamentos constitutivos, característicos y esenciales de toda sociedad?

La Hacienda, compañera inseparable del orden público, recibe de este la sávia vivificante que le presta su estado moral y ensanchando su acción benéfica repara y hasta robustece las abatidas fuentes de la riqueza pública.

Por eso el estado de la Hacienda

se refleja en los movimientos y convulsiones en que vive y se agita esta intranquila generación; por eso al primer amago de crisis social ó política, vemos bajar el crédito, como se observan tendencias al alza al asomar en nuestro horizonte los primeros destellos del arco iris.

Pues bien: esto que hemos dicho ligeramente acerca de las naciones, puede aplicarse á un pueblo, siquiera represente dos docenas de casas gobernadas y regidas por una corporación municipal, porque en pequeña escala un municipio no es más que un gobierno en miniatura.

Cartagena tiene que resolver también esas dos cuestiones tan palpitantes como necesarias para la vida de todos sus hijos: *Cartagena desea orden ante todo*. Esta es la opinión unánime de todos los buenos cartageneros y de sus dignos representantes en el municipio; á consolidar de una vez para siempre el orden público en esta desgraciada ciudad; á esterminar antiguas rencillas personales que nacieron al calor de las cuestiones políticas, á curar y cicatrizar las profundas heridas que la fiebre revolucionaria nos ha causado, hemos visto consagrarse con ardiente fé y dirigirse todos los actos de nuestras autoridades.

¿Se ha hecho cuanto humanamente es posible para que este pueblo, foco ayer de la demagogia sea hoy modelo de sensatez? Indudablemente; pero se ha hecho cuanto debe hacerse en éste trascendental asunto? Creemos que no.

Falta mucho que hacer por parte de todos los hombres que se consideran sensatos; no todo podemos dejarlo á la iniciativa y cuidado del Municipio; es preciso que desaparezca esa indolencia, esa apatía que nos ha ocasionado tantos estragos y tantas miserias.

¿Dejaremos que nuestros hogares sean de nuevo presa de los delirios y locuras de ciertos utopistas que todo lo ven de color de rosa, sin conocer siquiera la luz?

No, no es posible: dejemos de ensangrentarnos como políticos; para amarnos como cartageneros, unámo-

nos todos con este sacrosanto emblema, para rechazar enérgicamente á cuantos se atrevan á profanar nuestros hogares, nuestras murallas y nuestro amado pueblo.

Mucho se ha hecho en la cuestión de orden público; pero ¿y en la cuestión de Hacienda Municipal, que tanto afecta á los intereses de esta abatida población? Se nos dirá que se hacen supremos esfuerzos para cubrir las atenciones perentorias del día, que tantas y tan multiplicadas son; mas no es esto todo lo que aquí se necesita. Es preciso saber el estado financiero de nuestro Ayuntamiento, conocer su déficit, que nos consta es demasiado grande por los extraordinarios débitos que sobre él pesan y en una palabra, es necesario iniciar una administración tan rigida y tan severa, que cierre la puerta al agiotage, que se cumplan todos y cada uno de los artículos de la ley Municipal sobre esta materia y que nuestra voz sincera y amiga, no se pierda en el olvido.

EL ECO DE CARTAGENA no ha tributado, ni tampoco tributará jamás, elogios que no se inspiren en la justicia; no escaseará á nadie, ni á personas ni á corporaciones sus plácemes, pero tampoco faltará nunca á su sagrado deber de criticar razonadamente y combatir cuanto crea perjudicial á los intereses de su pueblo.

HOMBRES**Y COSAS DE CARTAGENA.**

por J. L. Combatz, de la Commune de Paris.

V.

SUMARIO: Nuestro calabozo.—De cómo se escribe la historia.—En donde sale á la escena Del Balzo—Maximiliano Barba.—Un cuento de las mil y una noches.—Francisco Sevilla: su retrato.—Conclusion: ¡ni muerto, ni vivo!—Misterios de la política Del Balzo—Bárcia—Carmona—Maculé y Eduarte.

El clarín del presidio acababa de sonar la hora del silencio; el cordon de centinelas lanzaba su primer grito de alerta, y nosotros conforme al reglamento, habíamos apagado nuestra bujía, no conservando para luchar contra las tinieblas de nuestro calabozo mas que la pálida lamparilla, que es la luz de los que están para morir.

Los cautivos se habían agrupado en los ángulos de la prisión, sobre los colchones,

medio dispuestos ya para el reposo, y esperando al sueño hablaban en voz baja sobre los sucesos y noticias del día que momentos antes acababan de leer en *La Correspondencia de España*.

El aspecto del calabozo no ofrecía nada de fantástico ni misterioso, ni se representaba á la imaginación sino como lo que era en realidad: una habitación de cinco metros cuadrados, completamente abovedada, y pendiente de uno de los arcos de la bóveda una cadena, á cuyo extremo se hallaba la nocturna lamparilla. Una gran ventana enrejada y provista de gruesas barras de hierro, daba al patio de entrada de la casa *dolente*; pero la vista de este patio y de su pequeño jardín nos estaba prohibida por un tabique, que á la parte de afuera subía, arrimado contra los barrotes de hierro, hasta la cornisa de la ventana. Cuando me encerraron en este dormitorio, porque á dormitorio de los cagatintas del presidio ha estado destinado hasta hace muy pocos días este calabozo, no penetraba la luz mas que por una rendija, de diez centímetros, abierta horizontalmente á todo lo largo del tabique. Entonces estaba solo y en rigurosa incomunicación, porque bajo la fé de los periódicos, fé púnica por excelencia: se había hecho de mí una bestia feroz; un ser que participaba en algo de Ferragus, de Balzac y del Jabali de las Ardenas.

¡Como me reía, en medio de mi angustia, del miedo que val que mi nombre solo inspiraba á estos benévotos que volaban, henchidos de vanidad y orgullo, á tomar posesión de sus hogares, que no habían sabido defender! ¡Cuántas páginas de la historia que hacer! ¡Cuántas reputaciones usurpadas á través de los siglos! ¡Cuántas estatuas que arrojar á la cloaca y cuántos nombres que desplayar de la picota! ¿Quién sabe si el cardenal de Retz no es un santo y un solemnísimo bribon alguno de los que por sus llamadas virtudes veneramos? ¿Quién descifrará los misterios de las leyendas del miedo á través de la historia, en épocas relativamente cercanas á nosotros, cuando en pleno siglo XIX, en plena historia, escrita y sellada con el sello judicial, se me atribuye á mí la muerte del arzobispo de Paris, y aquí, en Cartagena, el mando de 400 gacotes que, bajo el disfraz colectivo de bomberos, son los encargados de sumir la ciudad en los horrores del inmenso incendio final...?

¡El miedo lo hace todo, hasta milagros! ¿Quién me probará que no es este agente febril irreflexivo, quien ha operado el gran milagro del eclipse total de un documento histórico, proclamado en alta y potente voz en las calles de esta ciudad por un brigadier hoy de cuarte? También el miedo ha operado este otro milagro, menos milagroso en verdad, de